

Rema, Marino, sobre las olas.
Sobre las olas que mecen la Tierra.
Rema, marino, rema
Y no dejes de mover esos brazos de acero
Inhala las corrientes y cuídalas
De las anclas que quieren arrebatarnos el fulgor.
Cuídalas que son tu vida y son mi vida.
Son nuestro encuentro y nuestro amor.
Rema, Marino, en ese bote trasquilado
Que te ha acompañado como el dedo a la mano.
Como el zapato al pie
Como el golpe a sotavento.
Rema lejos de mí, para poder tenerte
Un poco más cerca de aquí.
Aunque sea desde lejos
Aunque sea desde enfrente
Aunque sea desde el otro lado del mar.
O de lo más profundo
Del canal de la esperanza.

Prólogo

Un trozo de tierra en medio del Pacífico se alzaba, solitario. El viento lo golpeaba sin piedad alguna, y carecía de cualquier alma humana. Allí los vestigios de algo, una suerte de poblado, esperaban pacientemente a ser encontrados. Algunas casas, derruidas, y pescadores que se extraviaban por allí de vez en cuando. Acantilados afilados por la fuerza del mar y cerros barrocos se erguían como trampas mortales. Un silencio sepulcral cubierto por el alarido de alguna gaviota o el rugido de la tempestad abrigaban este lugar inhóspito. Bosques hundidos y playas rocosas esperaban la llegada de algo. La incertidumbre de lo que habitaba bajo esas aguas oscuras era total.

Entre esas escasas y humildes viviendas, que podrían contarse con los dedos de dos manos, se hallaba el recuerdo. Podían oírse los ecos de las risas, la convivencia y, sobre todo, el sufrimiento. De los lamentos, de la violencia, del recuerdo de una crueldad aislada del mundo, del continente. Dominada por lo salvaje; la mortalidad y violencia del hermoso océano.

De entre todas esas casas destacaba una, la más erguida de todas, en la cima de la isla. Los rayos del sol se filtraban por la ventana rota e iluminan el centro de una mesa, donde se apreciaba un manuscrito esperando a ser leído. En esa casa, alguna vez ocupada por un individuo único, llena con los pocos libros que habían pasado por este infinito archipiélago, habitaba el pasado.

Parte 1

País de la ausencia

29 de abril de 2013

Hoy cumpla 87 años. Después de cierta edad, cada cumpleaños es una reunión solemne con la muerte, que nos recuerda que está algo más cerca que hace un año. Rebuscaba entre los pliegues de mis recuerdos alguna imagen de mi infancia, porque en aquella época las fotografías eran un lujo de pocos, y aquí en la isla, lujo de nadie.

Noté preocupadamente que no podía reconstruir mentalmente mi antiguo rostro, y al buscarlo en el espejo afloraba sin tregua un manojo de cabellos negros, gruesos y desordenados que no me pertenecían. Una piel tostada por el sol y curtida por el agua salada. Ojos castaños, brazos delgados y fibrosos, de un niño que no era yo. Al buscar mi imagen, solo recordaba a mi amigo, mi alma gemela, a quien no había visto en más de setenta años.

Quise intentar esta mañana, por acto de fe, buscarme en el espejo para recordar, pero fue imposible. Mi juventud estaba detrás de una masa impenetrable de arrugas, lunares de dudosa procedencia, una voluminosa cabellera gris y vellos de diversa extensión y tonalidad que surgían en todas direcciones, y dominaban mis facciones inusualmente grandes y curvadas; mi nariz y mis orejas de las que nacían gruesos pelos grisáceos.

Continué atrapado en el pasado como un regalo de cumpleaños a mí mismo, mientras abría la estufa y lanzaba adentro unos troncos de leña sobre un rescoldo casi extinto. Sentía cómo la lluvia de la mañana caía sobre mi antigua casa. Mientras la llama volvía a la vida, recorrí a paso lento la cocina, buscando la tetera y el trozo de pan que había dejado el día de ayer. Los puse ambos sobre la estufa y saqué del refrigerador un frasco con leche condensada solidificada y la puse también al calor.

Hoy es mi cumpleaños, pensé, mientras untaba en aquel trozo de pan esa dulzura líquida de la que un doctor que venía del continente, años atrás, me había recomendado alejarme para siempre.

Afuera de casa, las cosas seguían más o menos como siempre o, al menos, como lo habían sido los últimos 87 años. Nací en esta casa, entre las mismas sábanas que me acurrucan hoy, y durante estos años muchos han llegado y han partido sin tener misericordia de llevarse a este viejo con ellos. Algunas de sus caras se han borrado de mí, y solo queda de ellos el eco de una voz. Otros rostros más recientes me son vagamente familiares, y de algunos reconozco sus facciones en mi propio espejo. De mis padres recuerdo muchas cosas: acciones y dichos, pero extrañamente sus rostros están escondidos en algún lugar.

Cada vez que intento volver la mirada al recuerdo de alguien, la única cara que sale a flote es la de mi amigo de la isla de enfrente. Sus labios reseco que reían, dejando entrever la falta temprana de algunos dientes, y sombreados por un bigote en ciernes. Recuerdo las cosas que me decía, sus movimientos, recuerdo ese nombre que, con su sola pronunciación, evoca en mis ojos lágrimas y me recuerda a la infinitud del océano.

Las últimas personas que me visitaron no las recuerdo, ni siquiera un poco. Fue hace unos diez años, aunque puede que hayan sido cinco o dos. Eran tres mujeres que venían del continente y llegaron en un aparatoso barco para apearse en el muelle y llegar a mi casa con grandes cajas llenas de libros. Ya los leí todos.

Ellas venían muy apuradas. Me dieron una especie de reconocimiento con un botecito de cristal. Se tomaron fotografías conmigo que no tuvieron la cortesía de regalarme, me hicieron algunas preguntas y luego se fueron para nunca regresar. El barquito terminó hundido en el fondo del mar con muchos otros.

Nadie de la isla estuvo aquí en ese momento, y podría haber pensado que mis coterráneos ni siquiera habían notado su presencia, de no ser por un chico isleño que reconocí a la distancia mientras desataba el bote extranjero de nuestro humilde muelle.

Al salir de casa después del desayuno, la brisa me golpeó con suavidad, como si supiera que mis años me hacían frágil, y que el más sutil de los contactos podía

hacer que esta piel se rompiera y los tiempos polvorientos que guardo pudieran salir nuevamente. Caminé por el sendero de barro hasta llegar a mi banca habitual y me senté a observar el archipiélago que se extendía hasta allende los mares. Siempre me digo que, quien quiera que haya adquirido la casa donde vivo, cometió un acto de incalculable valor para mí. Puede que el techo me proteja de la lluvia menos que unas hojas de helecho, o que las tablas hinchadas y levantadas del suelo sean trampas mortales para pies poco experimentados (o ancianos como los míos), pero la vista de esta banca podía costar cualquier tipo de pellejería.

Frente a mí, a unos cientos de metros de distancia, se erguía una isla en forma de cerro, de antigüedad desconocida, en la cual se reconocían unos diez o doce puntos coloridos que reflejaban las casas de sus habitantes, casi el doble que los de esta isla, y algunos botes amarrados a su muelle que se mecían plácidamente. Tras ella, otro millar de islas se iban encogiendo y transparentando conforme se alejaban de las nuestras, hasta llegar a un punto al que mis ojos no podían dar forma a lo visto. Tanto la isla de enfrente como esta, las islas hermanas, eran grandes piedras siempre verdes, inmersas en el océano, y pobladas por unas pocas docenas de personas que habían llegado, muchos años atrás, de maneras misteriosas, alojándose como regalo o castigo, en la mitad de la nada.

Mirar hacia la isla me hizo recordar nuevamente a mi amigo, que provenía de esas tierras tan allegadas. No podía quitármelo de la cabeza. La mente de un viejo es así, insistente especialmente en donde quedan llagas. Pienso y vuelve a mi memoria mi juventud, aún sin rostro, saliendo de casa en la madrugada, corriendo desde mi hogar en la cúspide de la isla hacia el muelle, cuando veía que el bote de mi amigo zarpaba desde enfrente, para encontrarnos en la mitad del camino.

En mi cumpleaños ya no pienso en regalos ni en fiestas, mucho menos en compañía o amigos. Los pocos isleños con los que cohabito parecen haberme olvidado tanto como yo lo he hecho con ellos, y cuando me encuentran con la mirada no encuentro más que una extraña vibración entre el desdén, la nostalgia y la lástima. Ya ni los perros que alimenté me conocen, y creo que tampoco lo hace la mujer que cada cierto tiempo deja provisiones al otro lado de mi puerta.

Hoy solo pienso en mi amigo, el único recuerdo que me queda.